

1

ADA

Aterrizo con un ruido sordo que resuena por todo mi cuerpo. Me castañetean los dientes por el impacto y se me clava una piedra en el omóplato derecho. Cierro los ojos y dejo escapar un gemido al escuchar el golpeteo de los cascos al galope.

Otra vez. Me ha dejado caer otra vez.

Cierro los ojos con fuerza. Soy una granjera, me criaron para ser dura, pero, por Dios, esto va a acabar conmigo.

Solo quiero pasar las vacaciones de verano de la universidad entrenando a mi nueva yegua; quiero ser yo la primera que la monte y, quizá, dar una vuelta a la pista con ella: mis expectativas son muy bajas, pero ella no está por la labor.

Se acercan unos pasos, pero no abro los ojos. Sé que todos los peones del rancho creen que mi objetivo es un chiste y, la verdad, prefiero no oír hablar de ello.

Estoy bien, creo. Magullada y dolorida de narices, pero bien. Si no me muevo, no me duele nada, así que a lo mejor me quedo aquí para siempre, tirada en el campo.

Dejo escapar un sonoro suspiro y doy un repaso a mi cuerpo molido.

Puedo mover los dedos de las manos y de los pies.

Todavía soy capaz de girar la cabeza.

—¿Estás viva, Ricitos de Oro?

El corazón se detiene en mi pecho.

Cierro los ojos con más fuerza.

Esa voz... La sangre se me acumula en las mejillas y me pongo roja como un tomate.

—Juraría que te había enseñado a hacerlo mejor.

Todo el aire de mis pulmones se escapa con un jadeo.

Dermot Harding.

El corazón vuelve a funcionar de golpe y late desbocado tras mis costillas; alzo las manos para pasármelas por la cara, sin querer mirarlo porque sé de sobra lo que voy a ver: al hombre más atractivo que conozco, mayor y fuera de mi alcance; el hombre al que me he pasado los tres últimos años intentando olvidar; el enamoramiento infantil que aún no he superado.

El hombre del que estoy pillada desde que era una niña de diez años.

Cuando por fin me animo a abrir los ojos, él está mirándome sonriente; me bloquea el sol, que reluce a su alrededor como si llevara un halo.

Me derrito en un charquito de amor patético y mudo a sus pies. Me olvido de mi yegua; me olvido hasta de dónde estoy. Me limito a mirarlo pensando que podría quedarme aquí, bajo ese brillo, y ser feliz.

Y entonces me inunda la ira. Tres largos años sin una carta, sin una palabra. Nada. Me aferro a ese sentimiento porque sé que voy a necesitarlo para mantenerme firme. Ese fuego y esa furia son lo único que va a impedir que tropiece dos veces en la misma piedra. No me he esforzado tanto en seguir adelante para acabar así de nuevo.

—Has vuelto. —*Es evidente, Ada, no seas idiota.* Parpadeo como si no pudiera creer que esté plantado ahí de verdad, junto a mí, en carne y hueso después de tanto tiempo—. ¿Cuándo has vuelto?

Extiende una mano enorme para ayudarme.

—Hace un par de meses.

Le agarro la mano, reprimiendo un gemido cuando nos tocamos. En lugar de eso, dejo escapar un gorgoteo incómodo. Todo mi cuerpo cobra vida cuando está cerca, como si una corriente eléctrica me recorriera el brazo. Tocarnos es como apoyar los dedos sobre una valla electrificada, siempre lo ha sido.

Para mí por lo menos.

Abre los ojos de forma casi imperceptible cuando me pongo de pie, y él aparta la mano como si pudiera contagiarle algo o, sin más, no soportara tocarme.

Como aquella noche.

Me aclaro la garganta y me sacudo el polvo de los vaqueros. Echo los hombros hacia atrás y levanto la barbilla, orgullosa. Me niego a desmoronarme frente a él. No tengo nada de lo que avergonzarme: soy una adulta, una estudiante universitaria que vive su propia vida. He tenido novios. He crecido. He seguido adelante.

Todos tomamos decisiones lamentables cuando pasamos por un amor adolescente.

Por el rabillo del ojo veo a Penny, mi yegua, pastando tan contenta junto a la valla. ¡No se siente ni un poquito mal por haberme tirado al suelo! Al parecer, está encantada de deshacerse de mí, y tengo que aprender a canalizar esa energía.

¿Hace meses que ha vuelto y ni siquiera ha pensado en venir a saludarme?

—¿Y vas a quedarte? —pregunto, y en mi voz se filtra la amargura de sentirme insignificante.

Dermot se mete las manos en los bolsillos y da pataditas en el suelo.

—Necesitaba un tiempo para recuperarme después del servicio. Para relajarme.

Su tono grave hace que abra los ojos y lo contemple de arriba abajo. Aquí estoy, actuando como una niña enfurruñada sin siquiera haber considerado si su tiempo en el ejército ha hecho mella en él.

Lo devoro con la mirada como si fuera un refresco frío en un día caluroso. Es de lo más irritante que esté tan bueno como lo recordaba, y hasta me veo obligada a admitir —con un sentimiento de calidez en las entrañas— que incluso puede ser que esté más deslumbrante que antes. Parece más musculoso, más ancho y maduro; ahora debe de tener treinta y un años, y una sombra oscura acecha tras sus ojos insondables, como los de un hombre que ha visto demasiado.

Da igual: está más irresistible que nunca, con esos agudos ojos marrones y el pelo aún más oscuro, con esos fuertes rasgos masculinos que, de algún modo, no resultan demasiado toscos. Con la perfecta sombra de vello sobre sus labios bien formados.

Unos labios que no correspondieron en absoluto a mi beso aquella noche.

Sus enormes manos podrían abarcar toda mi cintura. Dermot es alto e imponente, un ranchero de los pies a la cabeza, y a su lado me siento como un frágil pajarillo que ha estado revoloteando a su alrededor durante años en busca de atención.

Un pajarillo al que ahuyentó hace tres años, antes de abandonar el rancho... y el país.

Fui hasta su porche, anegada en lágrimas al enterarme de que iba a irse, y con voz anhelante le dije que iba a echarlo de menos y que lo amaba.

Y luego me puse de puntillas, deslicé las manos sobre sus hombros musculosos y lo besé. Él permaneció ahí, congelado.

«*Ada, no puedes hacer esto, eres demasiado joven*», dijo con una mirada triste, apartándose con suavidad.

El recuerdo todavía me da escalofríos y me seca la garganta. Si lo permitiera, aún me haría llorar, pero ya hace mucho tiempo que he dejado de llorar por Dermot Harding y he seguido adelante.

—¿Qué haces aquí? —Mi voz suena vacilante incluso a mis propios oídos; me cruzo de brazos para ocultar el temblor de mis manos.

—Tu padre me ha pedido que venga a entrenar a algunos de los potros más jóvenes. —Me sonrío y se me caen las bragas. *Eres patética, Ada*—. Dice que nadie inicia a un caballo mejor que yo.

Esbozo una sonrisa forzada y me pierdo en la calidez de sus ojos, de un marrón suave y seductor, como las sillas de montar que pasaba horas engrasando sobre la valla mientras veía cómo domaba a los caballos más jóvenes cada verano. Ese color hace el contraste perfecto con el verde brillante del valle de Ruby y el arroyo que desemboca en la empinada cordillera de North Cascades.

—Y después de haberte visto hace un momento, tengo que decir... que a lo mejor sé por qué lo piensa.

Me guiña un ojo, tan engreído y bromista como siempre, como si no hubiera pasado nada trascendental entre nosotros.

—Sí, ya... —Sacudo la cabeza y doy media vuelta para ir junto a Penny—. Yo también me alegro de verte, Dermot —añado por encima del hombro, incapaz de mirarlo ni un segundo más.

—¿Necesitas ayuda con la potrilla?

Me detengo a mitad de camino, sorprendida por la oferta.

—¿Tienes tiempo? —pregunto, intentando actuar con indiferencia, y sigo acercándome a la preciosa potranca de color cobre.

—Voy a quedarme unas cuantas semanas, así que sí.

Me cuesta respirar. ¿Unas cuantas semanas? ¿Voy a tener que lidiar con mis hormonas descontroladas, con la vergüenza y el estómago revuelto unas cuantas semanas?

—¡Vale, genial! —digo, y no puedo reprimir una mueca incómoda por el tono excesivamente alegre de mi voz.

Tienes veintiún años, Ada. Compórtate, murmuro para mis adentros; cojo las riendas de Penny y vuelvo junto a Dermot, que me mira con curiosidad.

—¿Mañana por la tarde? Por la mañana tengo que trabajar con los demás. —Señala a Penny—. Y así puedes hablarme de «Big Red».

Levanto el pulgar y voy hacia los establos, y siento cómo sus ojos me recorren de arriba abajo, como un chorro de agua tibia sobre la espalda.

¿Voy a estar a solas con Dermot Harding? Dios mío, ayúdame...

—Así que tienes tu propio caballo de carreras, ¿eh? —dice Dermot, arrastrando las palabras, con el río murmurando suavemente tras él.

Le acaricio la sedosa testuz a Penny, asiento y admiro sus ojos inteligentes, quizá demasiado inteligentes para su propio bien. Estoy segura de que todo valdrá la pena cuando consiga que me dé una oportunidad.

Mi padre no ha criado a una rajada, pero caerme de lomos de la potranca día sí y día también es desalentador, por no decir doloroso.

Dermot suelta una risilla.

—No te culpo por tener claro lo que quieres. Has deseado dedicarte a las carreras de caballos desde que eras una cría, pero has elegido un desafío enorme para empezar.

—Ya, es lo que me ha dicho todo el mundo —replico, incapaz de apartar la mirada de donde él está ciñendo la cincha de la silla.

El modo en que sus antebrazos se flexionan y sus músculos se tensan mientras ata el cuero es un afrodisíaco para la parte más primitiva de mi cerebro. No puedo evitar humedecerme los labios ni que mis ojos sigan las venas del dorso de su firme mano cuando acaricia el cuello de la potranca.

Por el amor de Dios, Ada: te estás poniendo cachonda con las venas de un hombre...

Me había hecho la promesa de tomármelo con calma, pero está claro que no la estoy cumpliendo, porque ahora mismo estoy actuando de cualquier forma menos calmada. Como tampoco la he cumplido esta mañana, cuando me he imaginado a Harding moviéndose sobre mí, dentro de mí, con duros y febriles embates.

Sí, he fantaseado con echar un polvo salvaje con Dermot Harding, y estar a su lado me deja hecha un manojo de nervios. Me cuesta aceptar que está durmiendo al otro lado del camino de entrada, en la pequeña casa de invitados, después de tanto tiempo separados.

Entre nosotros quedó mucho por decir, y las cosas se han vuelto incómodas y tensas. Para mí, al menos; él está tan campante: el mismo Dermot tranquilo e imperturbable de siempre. Supongo que es así como reaccionan la mayoría de los adultos responsables cuando los besa una chica de dieciocho años. Para él no ha debido de ser más que una anécdota divertida con una adolescente con las hormonas alborotadas que llevaba demasiado tiempo atrapada en un rancho.

Pero a mí ese recuerdo todavía tiene el poder de hacer que me sonroje; es la aguda punzada de decepción que aún no me deja dormir por las noches. Fue uno de mis peores errores.

Posa la mano sobre mi hombro y me sobresalto.

—¿Estás lista? Voy a montar a Solar y a llevar a Penny al río. Cuando esté metida hasta las babillas, puedes venir. En el agua no podrá comportarse como una yegua salvaje, y, con suerte, tener a un caballo más experimentado junto a ella la ayudará a mantener la calma.

El calor de la palma de su mano me quema la piel bajo el ardiente sol del verano. Le dedico un brusco asentimiento e intento armarme de valor. Llevamos a Penny y a Solar, el caballo favorito de mi padre, hasta el río, tras la pequeña casa de invitados donde vive Dermot cuando está en el rancho. La granja de su familia está en Merritt, lo bastante lejos como para que quedarse aquí sea lo más lógico.

Inspiro profundamente, llena de determinación, al acercarme a mi pura sangre. Dermot balancea una de sus fuertes piernas sobre el lomo de Solar, sujeta las riendas de Penny y la guía hasta la suave corriente. Una vez que se han adentrado lo suficiente, me meto en el río y el agua helada de la montaña me agujijonea los tobillos.

—Oye, pequeña —digo, acariciándole las ancas para tranquilizarla—. ¿Qué tal si lo intentamos de nuevo, eh? Me portaré bien contigo si tú te portas bien conmigo. —Dermot deja escapar un resoplido, y lo miro con los ojos entrecerrados—. ¿He dicho algo gracioso?

—Sí. Vas a malcriar a esta yegua incluso aunque no se porte bien contigo.

No creo que se haya dado cuenta de lo que acaba de insinuar... Sacudo la cabeza y me doy media vuelta, con la indignación atenazándome el pecho.

—Ya, lo que tú digas... —refunfuño, y pongo la bota en el estribo.

—Ada... —intenta frenarme, pero lo ignoro y me apoyo en el lomo de Penny.

Se tensa bajo mi peso cuando percibe a través de su visión periférica que estoy levantando la pierna.

—Tranquila, nena —musita Dermot con voz profunda y tranquilizadora, mientras que yo le acaricio el cuello, esperando unos segundos para que, con suerte, se relaje un poco.

Cuando oigo un fuerte resoplido, decido arriesgarme y paso la pierna muy despacio sobre la silla.

Tenso los muslos para sentarme con la mayor suavidad posible, manteniéndome en el aire sobre ella antes de descansar con delicadeza sobre su lomo. Se remueve un poco, pero enseguida se queda quieta.

Levanto la cabeza muy despacio porque no quiero romper la frágil tregua a la que hemos llegado, y miro a Dermot con una amplia y genuina sonrisa. Han pasado al menos diez segundos y todavía estoy sobre ella. Mueve las orejas de un lado a otro con incertidumbre y está tensa bajo mi cuerpo, pero ¡aún estoy aquí!

Veo el destello de los blancos dientes de Dermot cuando sonrío, sacudiendo la cabeza con un gesto cargado de orgullo.

Y luego, con un relincho, Penny se alza sobre sus patas traseras y su cuello llena mi línea de visión. Su movimiento es tan rápido que casi ni lo veo venir.

Antes de que pueda siquiera aferrarme a sus crines, me lanza sin contemplaciones al agua helada del río.

2

DERMOT

—¡Ada!

Al principio casi me echo a reír. Su rostro pasa de una sonrisa embobada a la pura conmoción en un segundo, pero luego se cae de espaldas al agua y el pánico me inunda las venas mientras rezo para que esté bien.

Ato las riendas de la potranca al pomo de la silla y salto de mi caballo, con su grito todavía resonándome en los oídos. Camino con dificultad, con pasos torpes y lentos, hacia donde ha caído.

—¡Joder!

Da una fuerte palmada al agua y los caballos se sobresaltan.

Ada está de rodillas, hundida en el agua hasta el pecho, y empapada de pies a cabeza; tiene el pelo dorado oscurecido por la humedad y pegado a la elegante curva de su cuello.

—¿Estás bien?

Avanzo hacia ella: tengo que asegurarme de que no se ha hecho daño. Aunque debería alejarme, soy incapaz de hacerlo, igual que ayer. No puedo parar de escudriñar su cara de muñeca, de compararla con la que veía todas las noches cuando me acostaba en mi catre y cuya apariencia intentaba recordar. Imaginar el rostro de Ada, cada curva, cada peca, era como una terapia: una distracción de las imágenes violentas que me asaltaban en la oscuridad.

Reproducir en mi mente el rostro joven de Ada y su beso se convirtió en mi único salvavidas durante la época en la que estuve sumergido en sangre, violencia y depresión.

—Creo que nunca te había oído soltar un taco —digo; me arrodillo frente a ella y apoyo las manos en sus hombros.

Se pasa las manos por la cara y se las lleva a la cabeza.

—Eso es porque no nos hemos visto desde que tenía dieciocho años. ¡Y estoy harta de caerme!

Bueno, vale, así que está cabreada. Incluso alguien tan insensible como yo podría darse cuenta.

—¿Te has hecho daño?

La miro de arriba abajo buscando signos de alguna lesión, y le recorro sus torneados brazos con las manos tratando de ver si tiene algún hueso roto. El señor Wilson va a matarme si se ha hecho daño.

—Estoy bien —suspira—. Aunque me duele todo el cuerpo. Eso es lo que pasa cuando te caes todos los putos días.

La agarro por las costillas y puedo notar la gruesa tira del sujetador bajo la fina camisa mojada; la acerco a mí y la levanto. Se pone de pie sin problemas: todo parece en orden. Recorro sus curvas con la mirada, listo para hacer un comentario gracioso acerca de que, si no quiere que le duela, debería dejar de caerse, pero me detengo cuando llego a su camisa empapada.

Esa que está pegada a su cuerpo y no deja nada a la imaginación. Puedo ver la curva de su cintura, la forma de sus pechos, los duros brotes de sus pezones a través de la tela mojada.

Se me seca la garganta y dejo escapar un gemido; cierro los ojos con fuerza y aparto la vista. Nada bueno puede salir de admirarla así. Ese beso de hace tres años despertó a un gigante dormido en mi mente y me abrió los ojos a posibilidades que, de otro modo, jamás habría considerado. Ada siempre había sido para mí una chica más del rancho... hasta que dejó de serlo.

Tengo que recordarme a mí mismo una y otra vez que es la joven hija de un hombre al que conozco y respeto desde hace años, de un hombre que se ha convertido en mi amigo, casi en parte de mi familia. Ada es la chica a la que todo Ruby Creek conoce y quiere, sobre la que no tardarían en aparecer los rumores si tuviera algo que ver con el encargado del rancho que ha estado ahí desde que era una niña. No hay manera de que no les parezca inapropiado, y me niego a destrozar

su reputación de esa manera. He tenido tres años para reflexionar sobre mis opciones, y la única factible es mantenerme alejado de ella.

Además, una mujer como Ada merece algo mejor que yo, así que aparto la vista de su cuerpo y me centro en la igualmente tentadora forma de corazón de sus labios entreabiertos, en las pequeñas pecas que salpican sus mejillas bronceadas y en esos enormes ojos verde esmeralda.

Esos ojos verdes en los que vi cómo se le rompía el corazón hace tres años; esos ojos verdes que me han perseguido en sueños todas las noches desde entonces; esos ojos verdes que me miraban como si pudiera bajarle la luna.

Y que ahora me muestran una mirada llena de anhelo y promesas a las que un hombre como yo no debería acostumbrarse.

Ada Wilson está fuera de mis límites.

Paso las manos por sus caderas, disfrutando de la sensación de estrechar su cuerpo. Quiero acercarla más a mí, pero me conformo con ladear la cabeza hacia ella buscando ese aroma característico que me he pasado tres años intentando recordar. Mis dedos tiemblan al ceñirle la cintura.

—¿Estás segura de que estás bien? —digo con voz ronca.

—Sí —jadea con suavidad: un susurro ronco que percibo como una caricia sobre mi piel.

Me mira con un fuego que antes no estaba ahí, como si no fuera capaz de decidirse entre mutilarme o ahogarme. Sus ojos brillan mientras se embebe de mí, y se lo permito porque, joder, ¿cómo no vas a sentirte bien cuando una mujer como Ada te mira de ese modo? Levanta la mano y pasa sus delicados dedos por mi pómulo con suavidad, como si temiera hacerme daño o asustarme. *Como la última vez.*

—Dermot, yo... —Se le quiebra la voz y, maldita sea, siento una punzada de culpabilidad en el pecho ante esa muestra de debilidad.

Debería ponerle fin a esto. De verdad que debería.

—Ada, no me mires así.

Pone un dedo sobre mis labios para silenciarme y enarca una de sus bien dibujadas cejas a modo de desafío.

—¿Qué más te da cómo te miro? —espeta. Las yemas de sus dedos me rozan el puente de la nariz y el arco de la ceja, como si me leyera en braille, como si mis rasgos pudieran desvelarle mi historia u ofrecerle respuestas. Pasa las uñas por mi cuero cabelludo y se me

pone la piel de gallina en los brazos—. Has dejado muy claro lo que sientes por mí. —Baja las manos y me mira a los ojos antes de dar el golpe mortal—: De todos modos, lo he superado.

Entonces se aleja, esquivando mi cuerpo inmóvil. El corazón me late con fuerza contra el esternón. ¿He dejado claro lo que siento? Por supuesto que piensa eso. Nunca le he dicho lo contrario. Ni lo haré.

Los meses que han transcurrido desde que llegué a casa los he pasado preparándome para volver a ver a Ada. Me he esforzado en convencerme de que la química que recordaba de esa noche había estado solo en mi cabeza, que solo fue un asombroso recuerdo alentado por mi intenso anhelo de regresar a un lugar seguro, lejos del silbido de las balas y de los gritos de dolor. Tenía planeado mantenerme tranquilo, relajado y un poco distante, pero entonces la he visto tirada sobre la hierba como una flor bajo el sol que me habría encantado arrancar, y adiós a mis buenos propósitos.

Ahora no dejo de recordarme que es la hija del dueño del rancho y que yo solo soy el peón que va cada verano a domar a sus caballos más jóvenes.

Y eso es todo.

—Vamos —ordeno con más dureza de la que pretendía.

A largo plazo, ese tono seco va a hacerle menos daño que pensar que un hombre como yo puede darle lo que necesita; lo que se merece.

Desata las riendas de su potra y va hacia la orilla del río con paso firme y la cabeza alta.

—No puedes hacerlo, Dermot —murmuro; agarro las riendas de Solar y sigo sus pasos, perdido en mis pensamientos. Supongo que está demasiado lejos para oírme; al menos no ha mirado hacia atrás. Lo que es bueno, porque estoy convencido de que podría leer el deseo en mi rostro.

Sacudo la cabeza, doy una patada a una piedra y sigo adelante. Soy demasiado mayor y estoy demasiado aferrado a mis costumbres, y, después de las cosas que vi durante mi servicio, me he encerrado demasiado en mí mismo como para poder compartir mi vida con alguien, sobre todo, con alguien tan vivaz como Ada. Ella merece verlo todo, hacerlo todo, y que no la frene alguien que se echa al suelo cuando escucha un ruido fuerte.

Debo mantenerme fuera de su camino. Por ella y por mí. Estoy acostumbrado a alejar a la gente. Mis padres apenas esperaron a que

cumpliera dieciocho años para hacer las maletas y mudarse a un lugar cálido; jamás me visitan y apenas llaman. Las novias nunca me duran demasiado, e incluso los amigos que hice en el ejército o he perdido el contacto con ellos o no regresaron. Todos se van, y Ada no va a ser la excepción.

El Gold Rush Ranch es un paraíso. La vasta franja de tierra de los Wilson se sitúa en un pequeño y pintoresco valle que visitan los turistas en busca de la mítica criatura peluda de la Montaña del bigfoot. Aquí siempre luce el sol y todo es tan radiante como Ada.

Mi granja en Merritt es fría y austera, y las cimas de las montañas son tan altas que a veces me provocan claustrofobia, sobre todo cuando el lugar se cubre de nieve. Mis padres me la dejaron después de jubilarse y mudarse al sur, porque ninguno de mis hermanos la quería. Al parecer, soy un sentimental: aunque en realidad no hago nada con ese terreno, no puedo soportar la idea de cedérselo a otro.

Y está clarísimo que no es lugar adecuado para Ada.

Lo que está bien, porque también está clarísimo que yo no soy el hombre adecuado para ella. No importa cómo me mire o cómo mi polla se tense bajo mis vaqueros cuando me toca.

Entramos en el establo y nos encargamos de los caballos uno junto a otro sin decir palabra. Miro furtivamente a Ada mientras rodea a la potranca, cepillándola con más vigor del necesario. Me resulta casi gracioso que Ada quiera entrenarla como caballo de carreras cuando su padre ya tiene un montón de equinos de primera categoría en sus campos. Siempre ha sido de las que desean lo que menos les conviene.

—Mañana a la misma hora y en el mismo sitio. Aunque seré yo quien se ocupe de ella —me las apaño para soltar mientras le quito la silla a Solar.

Ella se tensa y echa los hombros hacia atrás.

—Vete a paseo, Dermot. Es mi yegua y yo soy quien va a entrenarla. Ayuda o no ayudes, me da igual, pero que te quede claro que no vas a hacerte cargo de ella. —Eleva la mano por encima de la cabeza—. Estoy harta de que todo el mundo me diga lo que puedo o no puedo hacer.

Da media vuelta y se marcha, furiosa, con la pequeña potranca cabrioleando a su lado.

Mientras veo cómo se aleja, me doy cuenta de que Ada Wilson no es la misma chica que dejé en el porche hace tres años.

—Vale, ayúdame a montar —dice Ada, volviendo el trasero en mi dirección.

Trago saliva y mi nuez sube y baja por mi garganta. Ayudar a alguien a montar un caballo no es nada del otro mundo, pero tampoco es que encaje en mi plan de no tocar a Ada Wilson.

Me pongo detrás de ella e inhalo el aroma de su crema de mandarina. Le sienta bien: es embriagador, alegre y cítrico. Levanta la pierna y espera a que la ayude.

Me agacho y le rodeo la delgada pantorrilla con la mano, obligándome a no ir más arriba.

Ella me mira por encima del hombro, probablemente preguntándose por qué tardo tanto, y por un momento se cruzan nuestras miradas y me ahogo en las profundidades esmeralda de sus iris, enormes y expresivos, que por primera vez desde que regresé no muestran enfado. Le sostengo la mirada porque, sin más, disfruto contemplándola.

Mala idea.

Sacudo la cabeza y me aclaro la garganta.

—Uno, dos, tres. —Al llegar a tres la impulso hacia arriba, pero tardo un poco en soltarle la pierna.

Soy incapaz de apartar la vista de cómo se ve mi mano sobre ella, de cómo contrasta con su piel, cómo la complementa: suavidad y dureza; luz y oscuridad; joven y viejo. No, mayor. Me niego a considerarme viejo a los treinta y un años.

El caso es que no coincidimos en nada. Ada y yo somos una dicotomía, como dos polos opuestos de un imán que no pueden separarse uno del otro por muy jodidas que estén las cosas.

—¿Dermot? —pregunta con expresión burlona—. ¿Estás bien?

Aparto la mano de su pierna y doy un brusco paso atrás.

—Todo bien —digo por encima del hombro; salgo del corral y me vuelvo para apoyarme sobre la valla con toda la indiferencia de la que soy capaz.

Ada deja pasar el momento incómodo y se pone en marcha. Se muestra muy satisfecha consigo misma mientras trota sobre la potranca de patas largas, y el orgullo me inunda el pecho.

Esta chica es dura como una roca, y es cualquier cosa menos una rajada.

Pasamos el resto de la semana trabajando con Penny, una yegua castaña de arriba abajo. Se encabrita un montón, pero Ada siempre se mantiene firme y, al cabo de una semana, ya puede caminar y trotar alrededor del corral sin ayuda.

Aunque la potranca ha mejorado, las interacciones entre Ada y yo son tensas. Ella apenas me mira desde ese día en el río, y yo estoy demasiado ocupado intentando no fijarme en su cuerpo o en el modo en que sus caderas se balancean sobre la silla; pero me temo que al mirarla solo a la cara lo único que consigo es que todo se vuelva todavía más incómodo, porque todos sus gestos me distraen: el modo en que se humedece el labio inferior, cómo frunce el ceño cuando se concentra, las sonrisitas que le dedica a Penny y que llenan de arruguitas las comisuras de sus ojos...

Quizá sería mejor si solo mirara su coleta... Contemplo cómo se balancea. Podría envolverla alrededor de mi mano, darle un buen tirón y...

Dejo caer la frente sobre el listón superior de la valla, derrotado. *Estoy jodido.*

Conozco a Ada desde que tenía diez años, los dientes torcidos y las rodillas nudosas. Solía recorrer el rancho con su bicicleta, ensuciándose y metiéndose en líos: era una auténtica criatura del rancho en el más amplio sentido de la expresión, hija única de una de las parejas más trabajadoras, cariñosas y respetables que he conocido. No me sorprendía lo más mínimo ver, verano tras verano, cómo se convertía en una joven extraordinaria.

No habría esperado menos, pero todavía la veía como la pequeña Ricitos de Oro, con su cabello enredado y las mejillas manchadas de púrpura porque había comido moras silvestres.

Por supuesto, su amor platónico hacia mí era una broma habitual en el rancho cuando era pequeña y me seguía a todas partes, poniendo cualquier excusa para estar conmigo. Charlaba sin parar sobre caballos y hacía miles de preguntas, y yo era un joven de veinte años que se sentía incómodo cuando todo el personal e incluso el propio señor Wilson se burlaban de mí por eso, aunque la verdad es que era entrañable. Hasta que, al final, todo el mundo dejó de hablar de ello, y

supuse que Ada había superado su enamoramiento infantil, que este se había convertido en algo que recordar con cariño.

Hasta que me besó.

Me dejé en *shock* cuando me agarró de la mandíbula y posó sus suaves labios en forma de corazón sobre los míos. Al parecer, con la edad se había convertido en toda una experta a la hora de ocultar sus sentimientos.

«*Cuidate, Dermot. Te amo*», dijo, y yo la aparté como si lo que había dicho fuera una tontería y le pedí que se fuera. Pero la mirada en sus ojos aquella noche, el modo en que se habían anegado en lágrimas cuando se pasó los dedos por el arco de su labio superior... *Joder*. Esa mirada me ha perseguido hasta hoy. Es como una espina clavada en mi corazón.

No quise hacerle daño. De hecho, estaba convencido de que habría podido matar a cualquiera que se lo hubiera hecho. Pero esa noche ella plantó una semilla en mi mente repleta de posibilidades, y sus ramas crecieron, rápidas e imprudentes, alterando mi percepción de lo que estaba bien y lo que estaba mal, deformando mis recuerdos y cambiando todo lo que se suponía que debía sentir por Ada Wilson.

Esa semilla me ha dejado sumergido en una profunda lucha interior durante los tres últimos años, en los que he combatido el deseo de apartarle el pelo y devolverle el beso con rudeza; el deseo de demostrarle lo que un hombre como yo es capaz de hacer; lo que un hombre como yo puede hacer que sienta.

Pero no puedo. Ada está en la columna «La hija de mi amigo» y también en la de «Es demasiado joven para ti, joder».

Por eso, cuando terminamos la jornada el viernes por la tarde, intento entablar una conversación informal después de una semana tensa para los dos.

—Parece que funciona, Ada. Deberías sentirte orgullosa de ti misma; Penny no es una yegua fácil.

Ella sonrío y acaricia dulcemente las crines de la potranca.

—Cuando las cosas son fáciles no sientan tan bien —reflexiona—. Me gustan los retos.

Me aclaro la garganta. Debo de estar obsesionado, porque todo lo que dice esta mujer me parece una metáfora.

—¿Intentamos ponerla al galope la semana que viene? —pregunto.

Ella se da la vuelta y me sonrío.

—La semana que viene galopamos.

Y un instante después estoy en el suelo. Ha sonado un fuerte estallido y he reaccionado al momento; me he tirado al suelo tan rápido que ni siquiera recuerdo cómo lo he hecho. Me pongo las manos sobre la cabeza, esperando otro estallido, otra explosión; esperando los gritos y el silbido de las balas volando por todas partes. Tengo que ponerme a cubierto para llegar sano y salvo a casa. No puedo pensar en nada más.

Una mano suave me acaricia los hombros con dulzura y oigo el murmullo de la dulce voz de Ada.

—Estoy aquí. Solo ha sido el tubo de escape de una camioneta. Todo va bien.

Solo entonces soy consciente de dónde estoy y de lo que he hecho. Estos *flashes* aparecen de pronto, impredecibles e inevitables, con una fuerza arrolladora.

—¿Dermot? —Alza la mano para masajearme la nuca, mientras que yo sigo ahí tirado sobre el suelo polvoriento, intentando serenar los latidos erráticos de mi corazón—. ¿Qué puedo hacer?

—Nada —digo con un susurro entrecortado, aún incapaz de moverme—. Dame un par de minutos.

Espero que se vaya, pero, en lugar de eso, ata a la yegua, se tiende en el suelo junto a mí y me acaricia la espalda en silencio. No pregunta, no me apresura, solo se queda a mi lado.

Al cabo de unos minutos repletos de ansiedad, todo pasa y mi respiración se normaliza. Ada está ahí, tumbada, con la cabeza apoyada en la mano y sus grandes ojos escudriñándome. Quizá esté actuando con calma, pero parece asustada.

Y por eso no eres bueno para ella.

—Estoy bien.

—¿Estás seguro? —Frunce el ceño, preocupada.

—Sí. —Me tumbo boca arriba para mirar el cielo y recordarme dónde estoy.

Ada me imita y agarra con su pequeña mano la mía, apretándomela con fuerza: una vez, dos, tres... Es un gesto sencillo, pero una corriente eléctrica me recorre el antebrazo hasta el codo; una punzada, algo peligroso que fluye entre nosotros.

Aparto la mano, la apoyo sobre mi estómago e intento aligerar el ambiente.

—Tenemos que dejar de vernos así. —Ella se ríe, pero suena un poco forzada, así que la miro y lo intento de nuevo porque no deseo hablar sobre lo que acaba de pasar—. Es viernes por la noche. ¿Tienes planes, Ricitos de Oro?

Frunce los labios.

—La verdad es que sí. He quedado en el Neighbor's Pub.

—¿Has quedado con alguien? —bromeo, moviendo las cejas—. ¿Tienes una cita?

Ella gira la cabeza y sus ojos se clavan en los míos; una nota de tristeza reluce en los reflejos de color salvia de sus iris.

—Sí, Dermot, tengo una cita.

Y entonces se levanta y se va, y me deja solo con otra clase de monstruo de ojos verdes completamente distinta y desconocida.

A lo mejor ha llegado la hora de tener una pequeña charla con Ada sobre la tortura a la que me he visto sometido los tres últimos años.